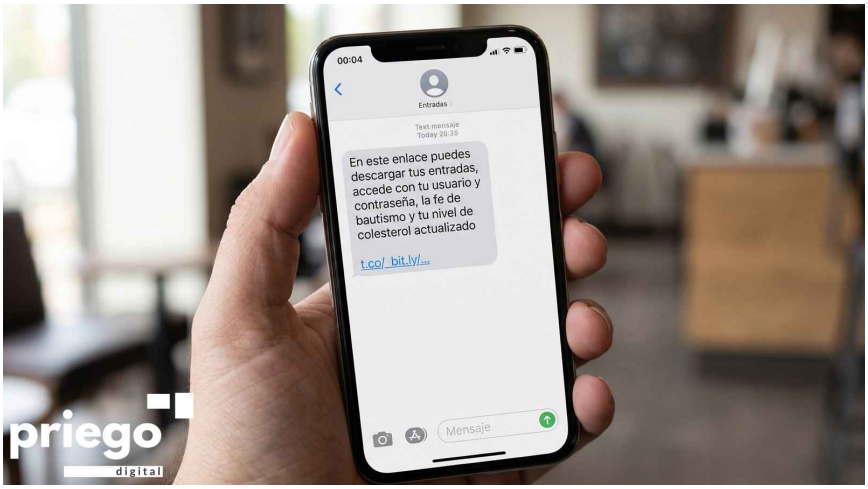
OPINIÓN | La esquinilla del Azahara

Manolo y la guerra de las entradas

Conseguir hoy una localidad para un concierto se ha convertido en una epopeya digital con lista de espera, preventa y más pruebas que para sacarse el carné

Manuel Paredejas
Martes 17 de noviembre de 2026 - 21:00



Yo he conseguido entradas para ver a U2 en Sevilla. El concierto es el 24 de mayo. Un lunes. Y eso que debido a la gran afluencia para compras, la productora, al igual que ha pasado en Barcelona con la banda irlandesa, decidió ampliar una fecha más.

Y eso, para mí, es una ventaja enorme, porque estoy jubilado. Si todavía estuviera trabajando, tendría que pedir permiso, cambiar turnos, buscar una excusa y decir que tenía una cita médica. O echar mano de ese gran invento de la humanidad, que se llama “Días de Asuntos Propios”.

Ahora puedo ir tranquilamente, porque mi agenda consiste en leer el periódico en el Azahara, tomar café y decidir cuándo me echo la siesta. No lo digo con rintintín, a mi me gustaría seguir trabajando, pero un problema de salud adelantó el pasar “a mejor vida”.

Además, tuve suerte porque ampliaron un día más. El concierto anterior era el sábado y, cuando conseguí entrar para mirar los precios, la entrada más barata costaba 500 euros.

Quinientos euros.

Por ese dinero, lo mínimo que esperaba era que Bono saliera a recogerme a casa, me llevara a Sevilla y me devolviera después con una bolsa de picos y un papelón de jamón, de esos que he podido probar en La Pañoleta. Seguro que Bono es más de chicharrón de Cádiz, le habría pedido otro.

Exquisiteces gastronómicas aparte, Yo cerré la página y dije:

—Manolo, tú a ese precio ves el concierto desde el telediario.

Pero ampliaron una fecha y apareció el lunes 24 de mayo. Y ahí ya pude respirar. No porque las entradas fueran regaladas, sino porque un lunes siempre parece menos caro que un sábado. Psicológicamente, por lo menos.

Conseguir hoy entradas para un concierto es más difícil que comprar una casa. Antes uno iba directamente a la taquilla, preguntaba:

—¿Tienen dos entradas para el concierto?

Y la persona de detrás del cristal contestaba:

—Sí.

—Pues me las da.

Pagabas y te ibas a casa con las entradas en la mano, que era una sensación muy tranquilizadora. Las enseñabas a la familia, las guardabas en un cajón y de vez en cuando las sacabas para comprobar que seguían allí.

También estaban los puntos de venta. El bar de confianza, la tienda de discos, el quiosco o aquel establecimiento que vendía un poco de todo: revistas, casetes, entradas y, si te descuidabas, una bombilla.

Entrabas y decías:

—Dame dos para el concierto.

El dependiente te conocía, sabía que eras de Priego y no te pedía una contraseña de ocho caracteres, un número de verificación y una foto de tu documento de identidad sujetándolo con la mano izquierda.

Ahora no.

Ahora anuncian un concierto y la primera palabra que aparece es “preventa”.

Yo al principio pensé que era que vendían las entradas antes de tiempo. Pero luego descubrí que la preventa tiene otra preventa, que para acceder a la preventa necesitas registrarte, que para registrarte necesitas un código y que para conseguir el código tienes que haberte registrado antes.

Eso no es una venta. Eso es una iniciación.

Luego llega la lista de espera.

Te apuntas y aparece un mensaje:

“Está usted en la cola”.

Pero no sabes de qué cola. Ni cuánta gente hay delante. Ni si esa cola se mueve. Ni si detrás de ti hay alguien. Tú ves una cifra que cambia de vez en cuando y empiezas a observarla como quien mira un marcador de fútbol.

—Había 38.000 personas delante.

—¿Y ahora?

—Ahora 37.941.

—Pues va avanzando.

Avanzando, sí, pero a ese ritmo el concierto se celebra antes de que llegues a la entrada.

A mí me pusieron en una sala de espera virtual. Una sala de espera sin sillas, sin revistas y sin máquina de café. Solo una pantalla dando vueltas.

Aquello parecía la consulta del médico, pero sin que nadie te llamara.

Y mientras esperas, te ponen mensajes para tranquilizarte:

“Permanezca en esta página”.

Eso es muy fácil de decir. Yo llevaba tres horas sin moverme, con una pierna dormida y miedo de cerrar una pestaña por si desaparecían U2, Sevilla y mi futuro musical.

Encima, de vez en cuando, la página quiere comprobar que eres humano.

Te dice:

“Seleccione todas las imágenes que contengan un semáforo”.

Yo, que vivo en Priego, tengo que ampliar la fotografía como si estuviera haciendo una investigación policial. Marco una farola pensando que puede ser un semáforo moderno y la página me castiga con otro ejercicio.

“Seleccione todos los pasos de peatones”.

Yo ya no sabía si estaba comprando entradas o presentándome a unas oposiciones de tráfico.

Cuando por fin llegas a la venta, descubres que quedan localidades, pero no sabes dónde están. Te ofrece una zona que parece buena y, cuando la abres, resulta que estás sentado detrás de una columna, mirando hacia una pantalla que está mirando hacia otra pantalla.

Entonces intentas comprar y la página se queda pensando.

Ese momento es terrible.

Uno empieza a negociar con la tecnología:

—Vamos, criatura. No te bloquees ahora. Si quieres te doy las gracias, te apago luego y no te molesto más.

Después llega el pago. Introduces la tarjeta, la fecha de caducidad, el código de seguridad, el número del teléfono y, si hace falta, el grupo sanguíneo.

Y cuando crees que ya está, te mandan un código por SMS.

El código tarda en llegar. Cuando llega, ya ha caducado.

Pides otro. Te llega el anterior.

En ese momento, uno deja de ser comprador y se convierte en superviviente.

Yo para conseguir las entradas de U2 tuve que apuntarme, esperar, confirmar, entrar en una preventa, superar varias pantallas y darle al botón con una concentración que no tenía ni cuando hacía los exámenes de Magisterio.

Y todo para un concierto que será dentro de bastante tiempo.

Dentro de ese tiempo puede pasar cualquier cosa. Puede cambiar el precio del café, aparecer una nueva aplicación para comprar entradas o puedo estar yo sentado en el Azahara explicando que antes los conciertos eran mejores.

Lo más gracioso es que todavía no tengo claro si la entrada existe físicamente. No hay papel. No hay sobre. No hay nada que guardar en un cajón.

Tengo un correo, una aplicación y un cuadrado de rayas que se llama código QR.

Yo aquello lo guardo como si fuera una escritura. Lo he enviado a mi propio correo, lo tengo en el teléfono, en el ordenador y apuntado en una libreta por si se cae internet, se rompe el móvil o la tecnología decide que ya no soy digno de ver a U2.

Porque ese es otro asunto: ahora la entrada depende de que tenga batería.

Como llegue al concierto con el teléfono al uno por ciento, no entro. Y como no haya cobertura, me veo cantando desde la puerta.

Antes llevabas una entrada de papel en el bolsillo. Ahora llevas un teléfono, una aplicación, una contraseña, una batería externa y la esperanza de que el sistema te reconozca.

Pero al final lo he conseguido.

Tengo mis entradas para U2 en Sevilla, el lunes 24 de mayo.

Y eso tiene una ventaja: al día siguiente no tengo que madrugar para ir a trabajar.

Puedo volver tranquilamente, dormir hasta la hora que me dé la gana y contar en el Azahara que vi a U2. Aunque, conociéndome, probablemente empezaré diciendo:

—Yo no quería ir, pero como estoy jubilado y el concierto era en lunes…

Y terminaré explicando toda la epopeya, desde la lista de espera hasta el código QR, incluyendo el precio de las entradas del sábado, que eran tan caras que casi me sale más barato aprenderme todas las canciones en casa.

Eso sí, cuando llegue el día, pienso presentarme en el Azahara, tomarme una cerveza y decir:

—Señores, yo tengo entrada para U2.

Y si alguien me pregunta cómo la conseguí, le responderé:

—Con paciencia, fe y una tarjeta bancaria que salió viva de milagro.

Manuel Paredejas. Maestro jubilado y prieguense de secano.